

LA DECADENCIA DE LOS DRAGONES (fragmento) William Ospina.

Ospina, W. (2006). *La decadencia de los dragones*. Santillana, Punto de Lectura: Bogotá.

Chesterton escribió que la diferencia que hay entre la edad antigua y la moderna, es la diferencia entre una edad que lucha con dragones y una edad que lucha con microbios. ¿Será verdad que en la antigüedad tengamos imaginación y podíamos creer en ella, mientras que en la actualidad sólo tenemos evidencias de un mundo que ha perdido su prestigio y su magia? Creo que la imaginación humana no ha perdido su vigor, pero sí ha cambiado sus temas y sus símbolos. Ese siglo tremendo que acaba de irse abundó en obras fantásticas y en creadores asombrosos, y pretender agotada nuestra imaginación sólo evidenciaría que carecemos de ella; pero, al menos en las artes y en las creencias populares, mucho se ha modificado en los últimos tiempos.

Me parece advertir que las grandes creaciones fantásticas de la humanidad corresponden a épocas en que primaba una cosmología compartida. En la antigüedad las sociedades vivían y creaban colectivamente, en tanto que en la nuestra predomina lo individual. Las grandes mitologías fueron fruto de la sensibilidad unánime de los pueblos, y también lo fueron las más ilustres formas de la fantasía. Dioses, monstruos, prodigios y criaturas fantásticas, corresponden a creencias colectivas, y suponen un acuerdo profundo entre los miembros de una comunidad. Que tantos pueblos aislados unos de otros concibieran dioses semejantes, creyeran en la magia de los bosques, en el poder de los anillos, las lámparas y las espadas, e inventaran raciones mágicas de hombres y animales, revela que todo ello corresponde a verdades muy profanadas e intemporales de la especie. La edad del triunfo del individuo no equivale a la muerte de la imaginación, pero sí a un cambio en el espíritu de esas creaciones. Yo diría que nuestra imaginación se ha hecho menos inocente, menos espontánea y, si se quiere, más intelectual. Los grandes creadores contemporáneos de obras fantásticas suelen ser hombres de mentalidad filosófica como Edgar Allan Poe, como Jorge Luis Borges, como Franz Kafka, o como la legión innumerable de autores de ciencia ficción. Es como si ya nos resultara difícil soñar sin la ayuda del pensamiento, de la ciencia, de la información, y quienes persisten en la invención de universos semejantes a los de la mitología clásica, en tejer variaciones sobre el viejo mundo de los dragones, los gnomos y los objetos mágicos, como

Tolkien en *El señor de los anillos*, tienden a ser relegados al ámbito subalterno de los autores para niños, y la suya tiende a verse como una literatura ingenua o pueril. Es difícil encontrar en la historia una edad que haya cambiado tanto su entorno como la nuestra. A mediados del siglo XIX, el mundo no difería substancialmente de lo que había sido durante siglos, los hombres todavía se desplazaban a la velocidad de los caballos y del viento, y lo que caracterizaba el proceso de la historia humana era una suerte de laboriosa lentitud. Su impulso lo dictaban el comercio y la guerra, el ritmo de avance de las velas fenicias y de las cabalgatas napoleónicas, de los correos incas y de las hordas de Gengis Kahn. A partir de la revolución industrial, los motores entraron en la historia. Los trenes devoraron las distancias e invadieron también las obras de arte, y resulta inconcebible, por ejemplo, el mundo de Dostoievski, sin esos trenes silbando por las llanuras rusas y sin esos príncipes neurasténicos y arruinados que conversan en sus vagones con funcionarios estatales y viajeros de comercio.

A comienzos del siglo XX nuevos medios de transporte modificaron, para bien y para mal, nuestra relación con el espacio físico. Antes, como todavía lo recomendaba Fernando González hace 70 años, era concebible un viaje a pie de una ciudad a otra, o a través de un país; hoy se lo puede concebir como una competencia deportiva, pero difícilmente como un ejercicio de iniciación en el conocimiento del mundo y de aproximación a sus misterios. Ello tampoco equivale a que ese tipo de relación con el mundo haya quedado atrás sin remedio, porque el porvenir es inescrutable, y bien podría estar lleno de aldeas sumergidas en la naturaleza o fanatizadas contra la tecnología, como hoy lo imaginamos, lleno de torres electrónicas, de naves voladoras personales y de hogares robotizados. Hija y madre de nuestra realidad, la imaginación es dócil al influjo de las circunstancias, y contra la creencia de que la fantasía es flor de la antigüedad, está claro que cada época se aproxima de un modo particular a la invencible extrañeza del mundo.

X

La frase de Chesterton hablaba de dragones. Estos fueron durante siglos tan familiares para los humanos como los ángeles y los duendes: sin embargo, no hace mucho, un gran amante de la literatura fantástica declaraba que en las obras modernas suelen incomodarnos los dragones, que a veces basta su mención para contaminar un relato de irrealidad. En un libro festivo de imaginación, la obra *Ciberiada* de Stanislaw Lem, hay un relato paródico sobre

«dragonología», hecho por alguien que al modo de Cervantes quiere ironizar sobre la ficción, y declara que de acuerdo con la ciencia moderna no sólo se sabe ya todo de los dragones sino que se ha llegado a clasificarlos con precisión en tres clases: dragones positivos, dragones negativos y dragones que tienden a cero. Así, los lenguajes de las matemáticas y de la física contemporánea le ayudan a la fantasía humana a burlarse de sí misma.

Es inquietante la aparente imposibilidad de una época para realizar cosas que otras hacían con pasión y con inocencia. Los griegos creían en sus dioses, los hebreos veían a sus ángeles, Juana de Arco hablaba con sus criaturas de los bosques, la Edad Media veía al demonio, nuestros bisabuelos veían a los muertos. Walter Otto sostiene que en el caso de los griegos los dioses no eran sólo poderes efectivos obrando sobre la realidad, sino que fue a partir de su existencia que ese pueblo desarrolló su arquitectura, su arte, su filosofía, su tragedia, su poesía. Nuestra edad ve a los dioses griegos como los veía el poeta Schiller en el siglo XVIII, como «bellas figuras del país de las fábulas». Seguramente nos es grato leer que en la cubierta del barco de Odiseo hay unas alforjas de cuero donde van guardados los vientos: alguien abre por error las alforjas y los vientos furiosos se desencadenan y hacen zozobrar la embarcación, pero para nosotros son travesuras de un poeta cordial, las sirenas son bellas formas fatales, el descenso del héroe al infierno es una lóbrega e intensa ficción, y no creo que llegue más lejos nuestra fe.

Pero ¿cómo leían, o más bien, ¿cómo oían los griegos estas cosas? ¿Cómo fábulas inverosímiles? Tengo la sospecha de que no es así. Creo que podían creer en ellas, que les prestaban no la pálida fe poética que nuestra época les brinda, sino una fe sólo comparable a la que hoy muestran los niños ante las historias fantásticas. Los griegos, en eso coinciden muchos conocedores de esa cultura, eran en cierto modo como niños. Alguien afirmó que el enigma que la Esfinge de Tebas le propuso a Edipo ¿Cuál es el animal que camina por la mañana en cuatro patas, al mediodía en dos y por la tarde en tres? Es para nosotros un ingenioso acertijo, pero para ellos debió ser la revelación de la clave monstruosa de nuestra existencia cambiante, el vértigo de las metamorfosis que obra sobre nosotros el tiempo, condensado en un símbolo, y debía producir a la vez perplejidad e inquietud. No de otro

modo ante la representación de una tragedia de Esquilo, en la que el autor había puesto en escena cincuenta furias, varias personas murieron de miedo.

Es imposible hablar de la literatura fantástica sin invocar el recuerdo de nuestra infancia y del modo como influían sobre ella las pompas de la imaginación. Nuestra mentalidad adulta casi no permite proponer y disfrutar con inocencia esas intensas e ilustres ficciones. Sin embargo, aunque no va quedando quien pueda soñar con dragones, esas viejas historias que nos legó la tradición no han perdido su encanto. No seremos capaces de crearlas, pero continuamente somos capaces de leerlas y de gozar con ellas. Allí hay una curiosa contradicción: nadie escribe ya libros como los que conforman la Biblia, los poemas homéricos, Las mil y una noches, los cuentos de hadas medievales, el ciclo del Rey Arturo y sus caballeros de la mesa redonda, o el Cantar de los nibelungos, pero algunos de esos libros voluminosos nacidos del sueño de pueblos enteros siguen siendo los libros más leídos por los hijos de la modernidad.

Si alguien nos preguntara qué hacer con la historia de Isolda la bella y su amante Tristán, quien mató un dragón en Irlanda, o qué hacer con la historia del joven Sigfrido, que mató un dragón llamado Fafnir en una gruta del norte y después se bañó en su sangre, y que por haberse mojado los labios con esa sangre entendió la lengua de los pájaros, o si alguien nos preguntara qué hacer con los dragones blancos del Ártico, con los dragones pardos del desierto y con los multicolores dragones del Yang Tze Kiang, que vuelan en bandadas sobre las diez mil montañas de la China y a veces se recortan sobre el atardecer en las cumbres de Pamir, arrojando ociosas llamaradas al viento, nadie recomendaría el olvido o la hoguera.

En cambio, los dragones de hoy han palidecido en símbolos. Un bello y tremendo libro de D. H. Lawrence llamado Apocalipsis, habla con gran intensidad, y se diría que con vehemencia, de ciertos dragones de nuestra época, pero terminamos concluyendo que no son animales, que no tienen sangre verde ni dorada en las venas, que no tienen alas membranosas ni escamas ni garras monstruosas, sino que son símbolos de la amenazada realidad planetaria. Por todas partes hallamos evidencias de que se ha debilitado nuestra fe. Aunque Henry James logró asustarnos con una equívoca historia de fantasmas que se apoderan del alma de unos niños, todo en nuestra época termina estando más cerca de la psicología o de la ciencia que de la sencilla fantasía, y el más patético de todos los fantasmas de la historia es uno que en

un relato de Oscar Wilde se esfuerza en vano por asustar a alguien, y fracasa en el empeño de conservar un poco siquiera de decorosa lobreguez en un viejo castillo inglés comprado por gringos incrédulos y pragmáticos. En vano procura salvar la dignidad de lo sobrenatural y de lo siniestro: los hijos del cónsul norteamericano siempre acaban burlándose de su decrepitud y de sus recursos anacrónicos.

Sin embargo, lo queramos o no, toda literatura es ficción. Toda literatura es una elaboración artificial que finge darnos el mundo mientras sólo nos da una versión ilusoria de él. "Como el mundo no es verbal, toda transcripción verbal del mundo es una fea ilusión, un bien intencionado engaño. Sólo que antes se procuraba recrearlo de acuerdo con las leyes de la fantasía, se procuraba soñar con libertad, haciendo uso de eso que Borges llamaba, no como una censura sino como una cómplice descripción, la imaginación irresponsable. Tal vez a esos sueños libres, que no se exigían otra cosa que la intensa fe de quien los creaba, se debe la famosa frase de Platón de que los poetas siempre mienten, y la oscilación socrática entre el sentimiento de que los poetas hablan sólo de lo que no saben y su certidumbre de que hay verdades muy profundas guardadas en la arbitraria fantasía de los poetas, pues éstos, por algún privilegio secreto, son los que saben las cosas sin saberlas, y captan por un movimiento misterioso del espíritu los secretos del mundo. Pero hasta los poetas terminaron sucumbiendo a la idea de que la literatura es un ejercicio de la razón, y desconfiando del dictado de la musa o de la diosa, de eso que llamaban los antiguos la inspiración. ¿Cuándo abandonamos tal espontaneidad? Creo que podemos invocar algún momento, que no será por supuesto el momento real de la pérdida de esa inocencia, pero que sí puede simbolizarla. Es aquel momento, a comienzos del siglo XVII, hace ya cuatro siglos, cuando Miguel de Cervantes Saavedra escribió El Quijote. Toda la literatura anterior en Occidente parece marcada por la credulidad: todo podía soñarse. La verdad en el interior del libro era absoluta. Los paladines generosos que recorrían los caminos salvando desvalidos, enfrentando gigantes, batiéndose en duelo con descomunales guerreros que los partían en dos, sólo tenían que recurrir a un bálsamo mágico para soldar otra vez las dos piezas de su cuerpo, y a cabalgar de nuevo. Por supuesto que la literatura cuidaba la verosimilitud, la armonía, el rigor. Dante, unos siglos atrás, se esforzaba por darle a toda afirmación una condición de verdad incontestable. Pero Dante se había permitido viajar de la mano de un muerto por los pozos de gritos y susurros del infierno, por las terrazas de canciones y de ángeles del purgatorio y por los balcones

vertiginosos de los cielos cristalinos, hablando con héroes en llamas y con poetas decapitados, con hombres encogidos como garzas en los pantanos y con santos translúcidos, viendo en el infierno serpientes humanizadas y en el firmamento un águila tejida por muchedumbres de bienaventurados, y esperaba que el lector creyera en todo ello por la reposada fe de quien lo cuenta. Todo nos lo contó como un hecho, no como un sueño; como un viaje verdadero, con cronología exacta, no como el delirio de un amante viudo. Y lo mismo podemos decir de la saga de los cuentos de hadas de la Edad Media, del Cantar de los nibelungos, de los libros bíblicos, de los relatos de caballería que abundaban por los tiempos en que Cervantes era un viajante empobrecido por tierras andaluzas, o un esclavo perdido en Argel. El Quijote es uno de esos libros a los que se les atribuye todo: ser el retrato del alma española, ser la memoria de sus proverbios, haber tipificado las dos maneras posibles de ser humano, haber fundado el realismo, haber fundado la novela, ser la gran saga del individuo, haber fundado la modernidad. Hay algo que yo sé que hizo: despertarnos del sueño sin fisuras de la edad de la fe y arrojarnos de lleno en la edad de la duda. Después de la edad del Quijote todo en el mundo siguió siendo igual: pero nosotros ya no pudimos verlo igual, una gran sospecha se había adueñado de las cosas.

Pensemos por ejemplo en un gran libro fantástico casi inmediatamente anterior, el Orlando furioso de Ariosto. Hay en él toda suerte de criaturas fantásticas, de sueños absurdos, de viajes quiméricos, hay un jinete sobre un potro alado que viaja a la luna. El héroe, que está loco, recupera la razón. Pero al final Ariosto no tiene la rudeza de decirnos que todas esas adorables realidades que vimos en su libro eran producto de la locura de Orlando, hecho que sería tan desagradable como que después de contarnos una historia apasionante el autor nos dijera con una sonrisa vacía: «y entonces me desperté». No: Ariosto, para que no dudemos de la verdad de sus fantasías, incluso convierte en un hecho fantástico la búsqueda de la curación de Orlando: su razón hay que ir a buscarla a la luna, la cura de su sinrazón es también un hecho mágico. Eso es lo que El Quijote no hace. En él, por el contrario, desde el comienzo mismo se nos cuenta la verdad triste de que el héroe está loco, de que los otros se burlan de él. Lo que él ve en el mundo es muy distinto de lo que está ocurriendo en la realidad, y se nos permite ver el mundo a través de los ojos disparatados del héroe y de los ojos secamente ordinarios de su escudero. Donde el viejo lunático ve gigantes, el tosco vecino ve molinos;

donde Don Quijote ve ejércitos fastuosamente ataviados y armados, Sancho Panza ve dos rebaños de cabras y ovejas que por dos extremos de la llanura levantan pardas polvaredas.

Lo que hay en El Quijote es lo mismo que hay en el Orlando furioso: guerreros, gigantes, ejércitos, reyes, magos, embrujos, monstruos. Pero mientras en el Orlando llenan la realidad esas formas fantásticas, en El Quijote todas flotan como una nube sobre un escuálido héroe solitario que está loco; esa realidad mágica es manifestación de su locura, es un hecho psicológico. Ha nacido la modernidad. También fue Chesterton quien dijo que la diferencia entre la literatura del mundo antiguo y la moderna consiste en que en la antigua el héroe era cuerdo y el mundo estaba loco, estaba lleno de esfinges, de hidras, de dragones, de gigantes, de fantasmas, de hadas, de brujas, de magos y magias; y que en cambio en la moderna el mundo es tediosamente normal pero el héroe ha enloquecido. Y es verdad que desde el Renacimiento la locura ha sido de un modo creciente la condición de los grandes personajes literarios. Ya he dicho que antes del Quijote la locura, por ejemplo en Orlando, era también un hecho mágico. A partir del Quijote, es la negación de la magia. A partir de las cosas aún inexplicadas plenamente que ocurrieron en ese complejo Renacimiento europeo, el hombre siguió soñando, pero ya no pudo creer plenamente en la verdad de su sueño: allí se inauguró la sospecha de que «ese cielo azul que vemos/ ni es cielo, ni es azul/ ni es verdad tanta belleza». Los héroes clásicos de la modernidad son Hamlet, el Rey Lear, el Príncipe Michkine, Gregorio Samsa. El uno, además de estar loco tras haber visto el fantasma de su padre, se finge loco para preparar una venganza que termina siendo una mortandad; el otro pasa de rey a mendigo demente y vagabundo; el otro se va hundiendo en un mutismo y una quietud desesperantes; el otro despierta en su lecho convertido en un monstruoso insecto. No sé si otros lectores compartirán mi sensación de que las metamorfosis de los relatos antiguos eran deleitables, como cuando Circe transforma a los compañeros de Ulises en cerdos, y que en cambio la metamorfosis de Kafka produce una desolada incomodidad. Si no sabemos cuál es la causa de esa mutación tampoco sabemos cómo revertiría. Así, mientras la metamorfosis de Homero es un hecho momentáneo, contingente, que en realidad no deja huellas, la de Kafka es un hecho definitivo, con el que hay que cargar para siempre.

Propongo una explicación. El creciente realismo de las literaturas del mundo ha ido prolongando, y a veces anticipando, las revelaciones de la ciencia sobre nuestra condición.

Hace cinco siglos recibimos la noticia de que nuestro planeta no era el centro del universo sino una esfera infinitesimal perdida en un recóndito suburbio del universo. Hace menos de dos siglos, la noticia de que no éramos ángeles caídos de un espléndido drama cósmico, sino hijos de la tierra, una prolongación, provista de conciencia y lenguaje, de las salamandras y de los peces. Hace un siglo, la noticia de que nuestra conducta no es exactamente fruto de nuestra soberana voluntad sino de un abigarrado tejido de causas físicas, químicas, culturales y fisiológicas, de eso que llama un filósofo el azar, el destino y el carácter. Esa información hoy indiscutida, llegó también en todo el mundo a los creadores y a los soñadores. «Durante cuánto tiempo nos engañaron», escribió en uno de sus poemas el infatigable Walt Whitman. Durante la Edad Media la humanidad europea había vivido en un universo fantástico. Sus magos, sus dragones, sus gigantes, sus hadas y sus gnomos eran el complemento cotidiano de un mundo en el que el ser humano occidental creía en cosas asombrosas. Creer en un Dios todopoderoso, en un demonio que reina sobre pozos de fuego, creer en un alma inmortal y en un cielo donde habitan los espíritus después de la muerte, todo ello supone vivir en un universo fantástico. De todas esas grandes fantasías, es especialmente conmovedora la idea de que todo en el mundo ha sido minuciosamente prefigurado por una mente cósmica que ha contado cada uno de los cabellos de nuestras cabezas y que tiene escritos en su libro todos los pormenores de un futuro que nosotros no podemos adivinar aunque esté a minutos de distancia.

Yo diría que ése es el universo que se ha ido derrumbando con las revelaciones del pensamiento contemporáneo. Desde cuando Giordano Bruno habló del infinito universo y los mundos, el cielo físico se ha llenado de abismos y ya sólo parecen caber en él las descripciones de la astronomía, las cabelleras heladas de los cometas y el rumor de insectos eléctricos de los satélites que nos vigilan noche y día. Desde cuando los teóricos de la evolución nos revelaron nuestros asombrosos orígenes y nos hicieron parientes de los monos y de los pájaros, el hombre, que era un ángel caído desterrado de su patria eterna, empezó a sentir que tal vez no hay un cielo que nos espera, que tal vez no hay más que este universo breve e innumerable y que tenemos que buscar la felicidad en él, y los más alarmados se acostaron una noche sintiéndose dioses y se despertaron en su cama convertidos en insectos monstruosos. Desde cuando nuestra conducta dejó de ser asunto de fidelidad a unas leyes escritas en el mundo por la divinidad o por su amanuense en unas tablas de piedra, ya no

sabemos muy bien en qué fundar nuestros principios de la justicia, de la verdad, del bien e incluso de la belleza. Todo es incertidumbre, todo es inquietud, todo es perplejidad. Ya no nos es fácil tejer variaciones sobre esas criaturas y fenómenos que durante siglos encarnaron el rostro armonioso de nuestros sueños.

Sin embargo, repito que no es el horizonte de la fantasía lo que se ha esfumado ante nuestros ojos, sino un orden mental particular. El principal cambio que se ha ido obrando en el orden de nuestra civilización, es la pérdida de fundamento para la idea de que la realidad está dividida en un mundo material y un cielo espiritual, de que el ser humano está dividido de un modo tajante entre un cuerpo material sujeto a la muerte y un alma inmortal. El crepúsculo de ese orden histórico, que fue la fuente de los materialismos y de los espiritualismos, no nos deja desamparados de imaginación, pero nos vuelve hacia formas de la imaginación que parecían olvidadas o definitivamente perdidas. El auge del moderno individualismo es fruto de la idea de que el espíritu humano es la más alta expresión de la realidad, es fruto del supuesto cristiano de que el hombre está hecho a imagen y semejanza de Dios y de que es la criatura superior de la naturaleza. Pero tal vez ahora se cierne sobre el horizonte una nube de invenciones muy distintas a las que hemos conocido en los últimos siglos, y que se parecerán más al animismo de los pueblos indígenas, a la búsqueda de los poderes divinos y fantásticos que rigen el mundo natural, y al espíritu de las mitologías paganas, que a las ilusiones de una supremacía humana, espiritual, científica, técnica, que tendió a hacer de la razón el principal valor de la especie. Las revelaciones de la modernidad, que parecían volvernos toscamente realistas y reacios a la fantasía, vuelven a situarnos, sin embargo, en el horizonte planetario de la cultura griega presocrática. Es el universo cristiano el que se ha desdibujado. Lo que ha ido desapareciendo del mundo es el fundamento cristiano de la fantasía. Pero tal vez su partida vuelva a abrir camino al universo pagano de la fantasía, cuya principal característica es que no centra todo en lo humano, entiende que la divinidad está en el mundo, devuelve su pasado a la naturaleza, y abandona la idea de la voluntad como causa central de nuestras acciones. Yo quisiera entrever en el confín de la historia el retorno de la imaginación colectiva, la superación de esa edad de individualismo donde todo sueño tendió a vivirse como delirio personal y como pesadilla. La superación de la edad en que el héroe está loco, y el ingreso en una edad en que el héroe esté cuerdo y el mundo vuelva a estar lleno de poderes fantásticos.

Se dice que en el principio de la poesía está el mito, y así mismo en su fin. Llamamos mitos al sistema de explicaciones sagradas que le permiten a toda civilización habitar el universo, Mientras no se haya construido un sistema de mitos no creo que se pueda hablar de una civilización, e incluso es muy probable que no se pueda hablar de humanidad. Los mitos son grandes trazos, grandes figuras, complejos diseños por los cuales la humanidad interpreta el orden del universo y gobierna su propia existencia. Pero el orden mítico en que estamos inscritos parece agotarse. Hoy, por todas partes, la humanidad busca desesperadamente respuestas que no se limiten a asuntos prácticos inmediatos, respuestas en las que pueda basarse su conducta, verdades que le den un sentido, en la doble acepción de rumbo y de significado, a la aventura de la civilización. Tal vez el hecho indudable de que la humanidad está por primera vez unida por la conciencia común de formar parte de un todo, verdad que antes era borrada por la pertenencia ciega a naciones y tribus, por la subordinación a los poderes gentilicios, y la conciencia profunda de que el planeta es nuestra frágil morada común, hagan surgir el nuevo sistema de mitos y de sueños compartidos que, en la orilla de esta época de violencia y de desorden, abra un futuro para todos. La gran pregunta será como aliar las verdades particulares de los pueblos con la gran verdad planetaria, en una época en la que, como dijo Borges, el centro está en todas partes y la circunferencia en ninguna; cómo aliar las conquistas irrenunciables de la razón con la necesidad de lo divino; el orden refinado de la cultura con el orden inexplicado de la naturaleza; los progresos de la historia con las intemporalidades del mito. Pero creo que necesitaremos de toda nuestra imaginación y de toda nuestra fantasía para construir un universo mental por el que valga la pena luchar, en el que valga la pena vivir. Tal vez ése sea el sentido profundo de nuestra literatura fantástica: ser el refugio de la imaginación en tiempos de escepticismo, pero también la región donde se gesta la salud emocional del futuro.